







Título original: *Little Women*

© 2025, de la traducción por Lidia Berrocal Campuzano

© 2025, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: noviembre de 2025

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Pl. Urquinaona, 11 3.º 1.ª Izq., Barcelona, 08010 (España)

[www.newtoncomptoneditores.com](http://www.newtoncomptoneditores.com)

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

[www.maurispagnol.it](http://www.maurispagnol.it)

ISBN: 979-13-87575-73-1

Código IBIC: FC

DL: B 11.146-2025

Diseño de interiores:

David Pablo

Composición:

Kim Amate

Impreso en noviembre de 2025 en  Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.



LOUISA MAY ALCOTT

# MUJERCITAS

TRADUCCIÓN DE LIDIA BERROCAL CAMPUZANO



Newton Compton Editores  
Barcelona, 2025



# CAPÍTULO I

## EL JUEGO DE LOS PEREGRINOS

—**N**avidad no será Navidad sin regalos —refunfuñó Jo, tendida sobre la alfombra.

—¡Es tan triste ser pobre! —suspiró Meg mirando su vestido viejo.

—No me parece justo que algunas muchachas tengan tantas cosas bonitas y otras nada —añadió la pequeña Amy con gesto displicente.

—Tendremos a papá y a mamá y a nosotras mismas —dijo Beth alegremente desde su rincón.

Las cuatro jóvenes caras, sobre las cuales se reflejaba la luz del fuego de la chimenea, se iluminaron al oír esas palabras de ánimo, aunque volvieron a ensombrecerse cuando Jo recordó con un deje de tristeza:

—No tenemos aquí a papá, ni lo tendremos por mucho tiempo.

No dijo «tal vez nunca», pero cada una lo añadió silenciosamente para sí, pensando en su padre, tan lejos, en el campo de batalla de la guerra civil.

Nadie habló durante un minuto, hasta que Meg comentó en un tono diferente:

—Sabéis que la razón por la que mamá propuso que no haya regalos esta Navidad es porque el invierno va a ser duro para todo el mundo, y piensa que no debemos gastar dinero en caprichos mientras nuestros hombres sufren

tanto en el frente. No podemos ayudar mucho, pero sí hacer pequeños sacrificios, y debemos hacerlos con ánimo. Aunque me temo que yo no puedo hacerlos...

Meg sacudió la cabeza al pensar, arrepentida, en todas las cosas que deseaba.

—Pues yo creo que el poco dinero que gastaríamos no ayudaría demasiado. Tenemos un dólar cada una, y el ejército no se beneficiaría mucho si le diéramos tan poco dinero. Me parece bien no recibir nada ni de mamá ni de vosotras, pero quiero comprar *Ondina* y *Sintram* para mí. Lo he deseado por tanto tiempo... —dijo Jo, que era un ratón de biblioteca.

—Yo pensaba gastar el mío en nuevas partituras —confesó Beth suspirando, aunque nadie la oyó.

—Yo quiero una caja de lápices de colores; la necesito de verdad —anunció Amy con decisión.

—Mamá no ha dicho nada de nuestro propio dinero, y no le gustaría que renunciáramos a todo. Compremos cada una lo que deseemos y tengamos algo de diversión; hemos trabajado mucho para ganarlo —exclamó Jo examinándose los tacones de las botas con aire resignado.

—Yo sí que me lo he ganado, dando clases a esos niños terribles casi todo el día, cuando lo que realmente quiero es divertirme en casa —se quejó Meg.

—No haces ni la mitad de lo que yo hago —repuso Jo—. ¿Qué te parecería a ti estar encerrada durante horas en compañía de una señora vieja, nerviosa y caprichosa, que te tiene corriendo de acá para allá, no está jamás contenta y te fastidia de tal modo que te entran ganas de saltar por la ventana o darle una bofetada?

—Está mal quejarse, pero a mí me parece que fregar platos y arreglar la casa es el trabajo más desagradable del mundo. Me irrita y me pone las manos tan duras que no puedo tocar bien el piano. —Beth se miró las manos

ásperas y lanzó un suspiro tan hondo que cualquiera pudo oírlo esta vez.

—No creo que ninguna de vosotras sufra como yo —gritó Amy—, porque no tenéis que ir a la escuela con muchachas impertinentes, que os atormentan si no lleváis la lección bien preparada, se ríen de vuestros vestidos, afirman a vuestro padre porque no es rico, y os insultan porque no tenéis la nariz bonita.

—Querrás decir «difamar»... No creo que te quejaras si estuvieran dándole prestigio a papá —dijo Jo, riéndose.

—Yo sé lo que quiero decir, no seas *sargástrica* conmigo. Es bueno usar palabras escogidas para mejorar el *vocabulario* —respondió solemnemente Amy.

—No discutáis, muchachas. ¿No te gustaría que tuviésemos el dinero que perdió papá cuando éramos pequeñas, Jo? ¡Madre mía, qué felices y buenas seríamos si no tuviésemos necesidades! —comentó Meg, que podía recordar aquellos tiempos en que la familia había vivido con holgura.

—El otro día dijiste que, en tu opinión, éramos más felices que los hijos de los King, porque ellos no hacían más que enfadarse y quejarse continuamente a pesar de todo su dinero.

—Es verdad, Beth; bueno, creo que lo somos, porque, aunque tengamos que trabajar, nos divertimos haciéndolo, y formamos un grupo muy alegre, según Jo.

—Jo habla en una jerga muy vulgar —observó Amy, echando una mirada crítica hacia la larga figura tendida sobre la alfombra.

Jo se levantó de un salto, se metió las manos en los bolsillos del delantal y se puso a silbar.

—No hagas eso, Jo, son cosas de chicos.

—Por eso lo hago.

—Detesto a las muchachas ordinarias y de modales vulgares.

–Y yo aborrezco a las niñas cursis y pedantes.

–«Quien tiene un hermano tiene un tesoro» –recitó Beth, apaciguadora, con una expresión tan graciosa que las dos voces crispadas se templaron en una risa, y la riña terminó de momento.

–Realmente, chicas, ambas tenéis parte de culpa –opinó Meg, dispuesta a corregir a sus hermanas con el aire propio de una hermana mayor–. Ya eres mayorcita, Josephine, para dejar de imitar a los muchachos y comportarte mejor. No importaba tanto cuando eras una niña pequeña, pero ahora que eres muy alta y llevas moño; deberías recordar que eres una señorita.

–¡No lo soy! ¡Y si el ponerme moño me hace señorita, me arreglaré el pelo en dos trenzas hasta que tenga veinte años! –gritó Jo, quitándose la red del pelo y sacudiendo una espesa melena de color castaño–. Detesto pensar que he de crecer y ser la señorita March, vestirme con faldas largas y ponerme remilgada. Ya es bastante malo ser una chica, cuando lo que me gusta son los juegos, los trabajos y las actitudes de los muchachos. No puedo acostumbrarme a no ser un chico, y menos ahora que me muero de ganas de ir a luchar al lado de papá y tengo que permanecer en casa haciendo calceta como una vieja.

Jo sacudió el calcetín azul, el color del ejército, hasta hacer sonar todas las agujas y dejar que el ovillo rodase hasta el otro lado del cuarto.

–¡Pobre Jo! Lo siento mucho, pero no podemos remediarlo; tendrás que contentarte con dar a tu nombre forma masculina y jugar a que eres nuestro hermano –contestó Beth acariciando la cabeza tosca puesta sobre sus rodillas, con una mano cuyo suave tacto se conservaba pese a fregar tantos platos y hacer todo el trabajo doméstico.

–En cuanto a ti, Amy –dijo Meg–, eres demasiado afectada y presumida. Ahora tu estilo causa gracia, pero llegarás

a ser una persona inaguantable si no tienes cuidado. Me gustan mucho tus modales cuando no tratas de ser elegante, pero tus palabras absurdas son tan malas como la jerga de Jo.

–Si Jo es poco femenina y Amy algo cursi, ¿qué soy yo, si se puede saber? –preguntó Beth, dispuesta a recibir su parte de la reprimenda.

–Tú eres una niña adorable, ni más ni menos –respondió Meg con dulzura, y nadie la contradijo, porque el «ratoncito» era la favorita de la familia.

Como nuestros jóvenes lectores querrán formarse una idea del aspecto de nuestras heroínas, aprovecharemos para describir a las cuatro hermanas, ocupadas en hacer calceta en un atardecer de diciembre, mientras fuera caía silenciosamente la nieve y dentro de la casa crepitaba alegremente el fuego. El cuarto era agradable, aunque la alfombra estaba algo descolorida y los muebles eran muy simples. En las paredes colgaban cuadros de buena calidad, en los estantes había libros, florecían crisantemos y rosas de Navidad en las ventanas, y por toda la casa flotaba una atmósfera de paz.

Margaret, o Meg, la mayor de las cuatro, tenía dieciséis años. Era muy bonita: tenía los ojos grandes, una larga cabellera castaña, boca delicada y unas manos blancas, de las cuales se vanagloriaba un poco. A sus quince años, Jo era muy alta, delgada y morena, recordaba a un potrillo: nunca parecía saber qué hacer con sus largas extremidades, que se le atravesaban en el camino. Tenía una boca de expresión resuelta, una nariz respingada y unos ojos grises muy penetrantes, que parecían verlo todo, y que podían ser feroces, burlones o pensativos. Su mayor belleza era su cabello, hermoso y largo, pero generalmente lo llevaba recogido de forma descuidada en una redecilla para que no le estorbara. Con los hombros redondeados

y las manos y los pies grandes, tenía un aire descuidado en su manera de vestir y la tosquedad de una chica que se hacía rápidamente mujer a su pesar. Elizabeth –o Beth, como todo el mundo la llamaba– tenía trece años. De cara rosada, pelo liso y ojos claros, había cierta timidez en su ademán y su voz, pero poseía una expresión llena de paz, que rara vez se turbaba. Su padre la llamaba «Pequeña Tranquilidad», y el nombre era muy adecuado, porque parecía vivir en un mundo feliz, su propio reino, del cual no salía sino para comunicarse con los pocos a quienes amaba y en quienes confiaba. Aunque fuese la más joven, Amy era un miembro importantísimo de la familia, al menos en su propia opinión. Una verdadera princesita: los ojos azules, el pelo color de oro que le caía en tirabuzones sobre la espalda, de piel pálida y porte grácil, siempre se comportaba como una señorita cuidadosa de sus modales. Sobre el carácter de las cuatro hermanas, dejaremos que el lector lo vaya descubriendo.

El reloj dio las seis y, después de limpiar el polvo de la estufa, Beth puso un par de zapatillas delante del fuego para calentarlas. De alguna manera, ver las viejas zapatillas tuvo un efecto positivo sobre las chicas, porque sabían que eso quería decir que pronto iba a volver su madre, y todas se dispusieron a brindarle un buen recibimiento. Meg puso fin a su sermón y encendió la lámpara. Amy sacó la butaca espontáneamente, e incluso Jo olvidó su cansancio para sentarse más derecha y acercar las zapatillas al fuego.

–Están muy gastadas; mamá debería cambiarlas por otras nuevas.

–Yo pensaba comprárselas con mi dinero –dijo Beth.

–¡No, yo lo haré! –gritó Amy.

–Como hermana mayor que soy... –empezó a decir Meg, pero Jo la interrumpió con decisión.

–Ahora que papá no está, yo soy el hombre de la casa,

y seré yo quien le compre las zapatillas, porque papá me pidió encarecidamente que cuidase de mamá mientras él estuviera ausente.

—¿Sabéis qué debemos hacer? —dijo Beth—. En lugar de comprarse cada una algo para sí misma, le compraremos regalos de Navidad a mamá.

—¡Una idea muy propia de ti! ¿Qué le compraremos? —exclamó Jo.

Todas reflexionaron un momento. Entonces Meg dijo, como si la vista de sus propias manos hermosas le sugiriera la idea:

—Le regalaré un par de guantes.

—Yo unas buenas zapatillas, las mejores que haya —gritó Jo.

—Yo unos pañuelos bordados —intervino Beth.

—Pues yo le compraré un frasco de colonia; le gusta mucho, y como no costará tanto, me sobrá un poco para comprarme alguna cosa —añadió Amy.

—¿Y cómo le daremos los regalos? —exclamó Meg.

—Los pondremos sobre la mesa y traeremos a mamá para que abra los paquetes. ¿Os acordáis de que solíamos hacerlo así en los cumpleaños? —respondió Jo.

—Yo me asustaba muchísimo cuando me llegaba el turno de sentarme en la silla grande, con una corona en la cabeza, y os veía a todas alrededor dándome regalos y besándome. Me gustaban los regalos y los besos, pero me ponía nerviosa que me mirarais mientras abría los paquetes —dijo Beth, que estaba tostando el pan para el té y se tostaba al mismo tiempo la cara.

—Que mamá piense que vamos a comprarnos algo para nosotras, y así le daremos una sorpresa. Tenemos que hacer las compras mañana por la tarde, Meg; hay mucho que preparar para la obra que representaremos en Nochebuena —dijo Jo, que andaba de un lado para otro con las manos a la espalda y la nariz levantada.

–No pienso volver a actuar después de esta vez; ya soy demasiado mayor para estas cosas –observó Meg que, en el fondo, seguía siendo como una niña ante los juegos de disfraces.

–No dejarás de hacerlo, te lo aseguro, mientras puedas presentarte vestida de blanco, con el pelo suelto y adornado con joyas hechas de papel dorado. Eres la mejor actriz que tenemos, y si abandonas el teatro se acabarán nuestras funciones –repuso Jo–. Debemos ensayar la pieza esta tarde. Ven aquí, Amy, y repite la escena donde te desmayas, porque te pones tiesa como una estaca cada vez que lo haces.

–No es culpa mía; jamás he visto a nadie desmayarse y no me gusta tirarme al suelo de espaldas como haces tú. Si no puedo hacerlo suavemente, me dejaré caer con gracia en una silla. No me importa que Hugo se acerque a mí con una pistola –dijo Amy, que no tenía talento dramático, pero a quien habían escogido para el papel porque era pequeña y el villano podía llevársela en brazos.

–Mira, hazlo así: junta las manos y ve tambaleándote por todo el cuarto, gritando como una loca: «¡Rodrigo!, ¡sálvame!, ¡sálvame!».

Jo lo interpretó tal y como lo acababa de describir, dando un chillido de lo más melodramático.

Amy procuró imitarla, pero extendió las manos con demasiada rigidez, caminó mecánicamente y su grito, en lugar de terror y angustia, parecía sugerir que se había pinchado con un alfiler. Jo suspiró con resignación y Meg se rio a carcajadas, mientras Beth, entretenida con la escena, no se dio cuenta de que se estaba quemando el pan.

–¡Es inútil! Sal lo mejor que puedas cuando llegue el momento, y si el público abuchea no me echas la culpa. Vamos, Meg.

El resto del ensayo fue como la seda, porque don Pedro desafió al mundo entero en un monólogo de dos páginas sin interrupción, Hagar, la bruja, hizo un terrible hechizo encorvada sobre su caldero, Rodrigo rompió sus cadenas como un valiente, y Hugo murió de remordimiento y arsénico lanzando incoherentes exclamaciones.

—Este es el mejor ensayo que hemos hecho —afirmó Meg, mientras el villano se incorporaba frotándose los codos.

—No comprendo cómo puedes escribir y representar cosas tan magníficas, Jo. ¡Eres un verdadero Shakespeare! —dijo Beth.

—No llego a tanto —respondió Jo humildemente—. Creo que *La maldición de la bruja* está bastante bien, pero me gustaría representar *Macbeth* si tuviéramos una trampilla para Banquo. Siempre he querido hacer la escena del asesinato. «¿Es un puñal eso que veo ante mí?» —murmuró Jo girando los ojos, y con ademán de asir algo en el aire, como había visto hacer a un actor famoso.

—No, es la horquilla para tostar pan con las zapatillas de mamá colgadas. ¡Un aporte de Beth a la escena! —exclamó Meg, y el ensayo terminó con una carcajada general.

—Me alegro de encontraros tan alegres, hijas —dijo una voz risueña en la puerta, y actrices y espectadoras se volvieron para recibir a una señora algo regordeta, maternal, cuyos ojos parecían decir «¿puedo ayudarte?» con un aire verdaderamente encantador.

No era una persona de especial belleza; pero, para los hijos, las madres son siempre hermosas, y las chicas pensaban que aquella capa gris y aquel sombrero pasado de moda cubrían a la mujer más espléndida del mundo.

—Bueno, queridas, ¿qué tal el día? He estado tan atareada preparando las cajas para mañana que no he podido venir para la comida. ¿Ha venido alguien, Elizabeth?

¿Cómo está tu resfriado, Margaret? Jo, pareces muy cansada. Ven y dame un beso, niña.

Mientras hacía estas preguntas tan propias de las madres, la señora March se ponía las zapatillas calientes y, tras sentarse en la butaca, se colocó sobre las rodillas a Amy, que se disponía a disfrutar de su hora más feliz del día. Las muchachas iban de un lado a otro, tratando de ponerlo todo en orden, cada una a su modo. Meg preparó la mesa para el té; Jo trajo la leña y puso las sillas, dejando caer ruidosamente todo lo que tocaba; Beth iba y venía de la sala a la cocina, y Amy daba indicaciones a todas mientras permanecía sentada con las piernas cruzadas.

Cuando se sentaron a la mesa, la señora March declaró, sonriendo:

—Tengo una grata sorpresa para después de la cena.

Una sonrisa feliz pasó de cara en cara como un rayo de sol. Beth aplaudió, olvidando que tenía una galleta caliente en la mano, y Jo sacudió la servilleta, exclamando:

—¡Carta! ¡Carta! ¡Tres hurras por papá!

—Sí, una carta larga. Está bien, y cree que soportará el invierno mejor de lo que temíamos. Nos envía toda clase de buenos deseos para Navidad y un mensaje especial para sus hijas —dijo la señora March acariciando el bolsillo como si tuviera en él un tesoro.

—¡Comed rápido! Amy, no pierdas el tiempo levantando el meñique para sostener la taza con elegancia—gritó Jo que, por la sorpresa, a punto estuvo de atragantarse al beber el té y dejó caer un pedazo de pan, que se posó sobre la alfombra por el lado de la mantequilla.

Beth no comió más, y fue a sentarse en su rincón para soñar con la alegría venidera hasta que las otras estuviesen listas.

—Creo que papá hizo una cosa magnífica marchando como capellán cuando era demasiado viejo para alistarse

y no lo bastante fuerte para ser soldado –declaró Meg con entusiasmo.

–Ojalá hubiera podido ir de tamborilera, *vivan...*, ¿cómo se dice? O de enfermera, para estar cerca y ayudarlo –exclamó Jo, suspirando.

–Debe de ser muy desagradable dormir en una tienda de campaña y comer toda clase de cosas que tienen mal sabor y beber agua en cazo de hojalata –murmuró Amy.

–¿Cuándo volverá, mamá? –preguntó Beth, con voz temblorosa.

–Dentro de mucho tiempo, querida mía, a menos que enferme. Se quedará para hacer lealmente su trabajo mientras pueda, y no le pediremos que vuelva ni un minuto antes. Ahora, escuchad lo que dice la carta.

Todas se acercaron al fuego, la madre en la butaca, Beth a sus pies, Meg y Amy sentadas sobre los brazos de la silla y Jo apoyándose en el respaldo, de manera que nadie pudiera ver ninguna señal de emoción en su cara si la carta contenía algo conmovedor.

En aquella época tan dura se escribían muy pocas cartas que no conmovieran, especialmente las que enviaban a casa los padres. En esa carta se decía poco de las molestias sufridas, de los peligros afrontados o de la nostalgia a la cual había que sobreponerse; era una carta alegre, llena de descripciones de la vida del soldado, de las marchas y de noticias militares, y solo hacia el final el autor de la misiva dejó brotar el amor paternal de su corazón y su deseo de ver a las niñas que había dejado en casa.

Dales un beso a cada una y todo mi cariño. Diles que pienso en ellas durante el día, y que por la noche rezo por ellas; y que siempre encuentro en su cariño el mejor consuelo. Un año de espera para verlas parece interminable, pero recuérdales que, mientras esperamos, podemos todos trabajar, de

manera que estos días tan duros no se desperdicien. Sé que ellas recordarán todo lo que les dije, que serán cariñosas contigo, que cuando vuelva podré estar más orgulloso que nunca de mis mujercitas.

Todas estaban bastante conmovidas al llegar a esta parte. Jo no se avergonzó de la enorme lágrima que le caía de la punta de la nariz, y Amy tampoco se preocupó de que se le estropearan los bucles al esconder la cara en el seno de su madre y decir sollozando:

—¡Soy una egoísta! Pero intentaré ser mejor para que no se lleve un chasco conmigo.

—¡Lo intentaremos todas! —exclamó Meg—. Pienso demasiado en mi apariencia y detesto trabajar, pero no lo haré más si puedo remediarlo.

—Trataré de ser como a él le gusta llamarme: una «mujercita», y no ser brusca ni atolondrada. Cumpliré con mis deberes en casa en vez de desear estar en otra parte —dijo Jo, pensando que dominarse a sí misma era una obra más difícil que hacer frente a unos sureños rebeldes.

Beth no dijo nada, pero se limpió las lágrimas con el calcetín que estaba haciendo y se puso a trabajar con todas sus fuerzas, sin perder tiempo se afanó en la tarea que tenía más cerca, mientras decidía en su corazón ser como su padre deseaba para cuando al cabo de un año pudiera regresar felizmente a su casa.

La señora March rompió el silencio que siguió a las palabras de Jo, diciendo con voz alegre:

—¿Os acordáis de cuando jugabais al *Progreso del peregrino* cuando erais pequeñas? Nada os gustaba más que llevar los hatillos de trapos que os ponía a la espalda para representar la carga, lucir sombreros, bastones y rollos de papel y viajar a través de la casa, desde la bodega, que era la Ciudad de Destrucción, hasta la buhardilla, donde

juntaban todas las cosas bonitas que habían recogido para construir una Ciudad Celestial.

—¡Qué divertido era, especialmente cuando nos acercábamos a los leones, luchábamos contra Apolión y pasábamos por el valle donde estaban los duendes! —exclamó Jo.

—A mí me gustaba el lugar donde las cargas caían y rodaban escalera abajo —murmuró Meg.

—Mi parte favorita era cuando salíamos a la azotea, donde estaban nuestras flores y otras cosas bonitas, y nos parábamos y cantábamos de alegría bajo el sol —dijo Beth, con una sonrisa nostálgica, como si aquel momento feliz hubiera vuelto.

—Yo no recuerdo mucho, pero sí que tenía miedo de la bodega y de la entrada oscura, y me gustaban los pastelitos y la leche que tomábamos allí arriba. Si no fuera ya mayor para estas cosas, me gustaría mucho jugar a eso otra vez —susurró Amy, que hablaba de renunciar a niñerías a la madura edad de doce años.

—Nunca se es demasiado mayor para eso, querida mía, porque es algo que siempre hacemos de una manera u otra. Todos tenemos cargas, un camino por recorrer, y un deseo de bondad y felicidad que nos dirige a través de muchas penas y equivocaciones hasta la paz, que es una verdadera Ciudad Celestial. Ahora, mis pequeñas peregrinas, vamos a jugar de nuevo, no para divertirnos, sino de veras, y veremos hasta dónde podemos llegar antes de que vuelva papá.

—Pero, mamá, ¿cuáles son nuestras cargas? —preguntó Amy, que se tomaba todo al pie de la letra.

—Acabáis de nombrarlas hace un momento, menos Beth, que, en mi opinión, no tiene ninguna —dijo su madre.

—Sí la tengo: son los platos y los plumeros, y envidiar a las que tocan pianos bonitos, y tener miedo de la gente.

La carga de Beth era tan cómica que a todas les entraron ganas de reír, pero no lo hicieron para no herir sus sentimientos.

–Hagámoslo –dijo Meg, pensativa–. Es solamente otra manera de tratar de ser buenas, y el juego puede ayudarnos, porque, aunque lo deseemos, ser buenas es difícil, y a veces nos olvidamos y no nos esforzamos lo suficiente.

–Esta noche estábamos en el Pantano del Desaliento, y vino mamá y nos sacó de él, como en el libro lo hace el personaje de Auxilio. Deberíamos tener una guía, como Cristiano. ¿Cómo lo haremos? –preguntó Jo, encantada con la idea de añadirle algo de ficción a la tarea poco interesante de cumplir con sus deberes.

–Mirad debajo de la almohada en la mañana de Navidad y encontraréis vuestras guías –respondió la señora March.

Charlaron sobre el proyecto nuevo mientras la vieja Hannah levantaba la mesa. Después salieron las cuatro cestillas de costura y volaron las agujas mientras las chicas cosían sábanas para la tía March. El trabajo era poco interesante, pero esa noche nadie se quejó. Habían adoptado el plan, ideado por Jo, de dividir las costuras largas en cuatro partes, que llamaban Europa, Asia, África y América. De esta manera, lo pasaron muy bien, sobre todo cuando hablaban de los países diferentes según cosían a través de ellos.

A las nueve dejaron el trabajo y cantaron, como siempre hacían, antes de irse a la cama. Nadie salvo Beth podía sacar música del viejo piano, porque ella tenía una manera especial de tocar las teclas amarillentas y componer un acompañamiento para las sencillas canciones que cantaban. La voz de Meg sonaba como una flauta y, junto a su madre, dirigía el pequeño coro. Amy chirriaba como un grillo. Jo cantaba a su gusto, poniendo alguna

corchea o algún silencio donde no hacía falta. Cantaban antes de acostarse desde que habían aprendido a balbucear la canción infantil *Brilla, brilla, estrellita*, y se había convertido en una costumbre familiar. La señora March tenía una voz excelente. Por la mañana, lo primero que siempre se oía era su voz, mientras andaba por la casa cantando como una alondra; y el último sonido de la noche era la misma voz alegre, porque las chicas nunca serían lo bastante mayores para dejar de disfrutar de esa entrañable canción de cuna.

## CAPÍTULO II

### UNA FELIZ NAVIDAD

Jo fue la primera en despertarse aquella mañana gris de Navidad. No había calcetines colgados en la chimenea, y por un momento se llevó el mismo chasco que una vez, hacía ya mucho, en que su pequeño calcetín se había caído al suelo por estar muy lleno de regalos. Entonces recordó lo que su madre les había prometido y, metiendo la mano debajo de la almohada, sacó un librito encuadernado en color carmesí. Lo conocía muy bien, porque era una antigua y querida historia sobre la vida más bella del mundo, y Jo sintió que era una verdadera guía para cualquier peregrino embarcado en el largo viaje de la existencia. Despertó a Meg con un «¡Feliz Navidad!» y le dijo que buscara debajo de la almohada. Apareció un libro, encuadernado en verde, con la misma estampa dentro y unas palabras escritas por su madre, que a sus ojos aumentaban en mucho el valor del regalo. Pronto Beth y Amy se despertaron para buscar y descubrir sus libros, uno de color gris rosado y otro azul; y todas se sentaron a contemplar sus regalos, mientras se sonrojaba el oriente con el amanecer.

A pesar de sus pequeñas vanidades, Meg tenía una naturaleza dulce y piadosa, que ejercía una gran influencia sobre sus hermanas, en especial sobre Jo, que la quería tiernamente y la obedecía por su gran dulzura.

—Chicas —dijo Meg con seriedad, dirigiendo la mirada

desde despeñada Jo a su lado hasta las cabecitas en el cuarto próximo—, mamá desea que empecemos a leer, a amar y a acordarnos de estos libritos, y tenemos que comenzar inmediatamente. Solíamos hacerlo fielmente, pero desde que papá se marchó, y con la pena de esta guerra, hemos descuidado muchas cosas. Podéis hacer lo que queráis, pero yo tendré mi libro aquí sobre la mesita y todas las mañanas, en cuanto me despierte, leeré un poquito, porque sé que me hará mucho bien y me ayudará durante todo el día.

Abrió su Nuevo Testamento y se puso a leer. Jo la abrazó y mejilla contra mejilla, fue leyendo, con aquella expresión tranquila que raras veces tenía su cara inquieta.

—¡Qué buena es Meg! Ven, Amy, hagamos lo mismo. Yo te ayudaré con las palabras difíciles, y nos explicaremos lo que no podemos comprender—susurró Beth, muy impresionada por los bonitos libros y por el ejemplo de su hermana mayor.

—Me alegro de que el mío sea azul—dijo Amy, y entonces los dormitorios se quedaron en silencio mientras ellas volvían las páginas y el sol del invierno se deslizaba para acariciar y dar un saludo de Navidad a las cabelleras brillantes y a las caras pensativas.

—¿Dónde está mamá?—preguntó Meg, cuando, media hora después, bajó con Jo las escaleras para darle las gracias por sus regalos.

—¡Quién sabe! Una pobre criatura vino pidiendo limosna, y salió inmediatamente para ver lo que necesitaba. No he visto jamás una mujer como ella en eso de dar comida, bebida y carbón—respondió Hannah, que vivía con la familia desde que nació Meg, y a quien todas trataban más como a una amiga que como a una criada.

—Supongo que volverá pronto; así que preparad los pastelitos y vigilad que todo esté listo—dijo Meg, mirando

los regalos, que estaban en un cesto debajo del sofá, dispuestos para sacarlos en el momento oportuno—. Pero ¿dónde está el frasco de colonia de Amy? —preguntó, al ver que faltaba el botecito.

—Lo ha cogido hace un minuto y ha ido corriendo a decorarlo con un lazo o algo así —respondió Jo, que saltaba alrededor del cuarto para suavizar algo las zapatillas nuevas.

—¡Qué bonitos son mis pañuelos! ¿No os parece? Hannah me los ha lavado y planchado, y yo misma los he bordado —dijo Beth, que miraba con orgullo las letras desiguales que tanto trabajo le habían costado.

—¡Qué ocurrencia! Has puesto «Mamá» en lugar de «M. March» ¡Qué gracioso! —gritó Jo mientras levantaba uno de los pañuelos.

—¿No está bien así? Pensaba que era mejor hacerlo de este modo, porque las iniciales de Meg son «M. M.», y quiero que solo los use mamá —musitó Beth, algo preocupada.

—Está bien, querida, es una idea muy buena; así nadie puede equivocarse ahora. Le va a gustar mucho, lo sé —repuso Meg, frunciendo las cejas a Jo y sonriendo a Beth.

—¡Aquí está mamá: esconded el cesto! —gritó Jo, al oír que la puerta se cerraba y sonaban pasos en el vestíbulo.

Amy entró precipitadamente, y pareció algo avergonzada cuando vio a todas sus hermanas esperándola.

—¿Dónde has estado y qué traes escondido? —preguntó Meg, muy sorprendida al ver, por su gorro y su capa, que Amy, la perezosa, había salido tan temprano.

—No te rías de mí, Jo; no quería que nadie lo supiera hasta que llegase la hora. Es que he cambiado el frasquito por otro mayor y me he gastado todo mi dinero en él, porque quiero dejar de ser egoísta.

Mientras decía estas palabras, Amy mostró el hermoso

frasco que reemplazaba al otro, más barato, y tan sincera y humilde parecía en su esfuerzo de olvidarse de sí misma que Meg la abrazó y Jo la llamó un «prodigio», mientras Beth corrió a la ventana en busca de su rosa más bella para adornar el magnífico frasco.

—Me daba vergüenza mi regalo después de leer y hablar de ser buena esta mañana, así que he corrido a la tienda para cambiarlo en cuanto me levanté. Estoy muy contenta porque ahora mi regalo es el más bello.

Otro golpe de la puerta hizo que el cesto desapareciera debajo del sofá, y las chicas se acercaron a la mesa listas para su desayuno.

—¡Feliz Navidad, mamá! Muchas gracias por los libros; hemos empezado a leerlos y vamos a dedicarle un tiempo todos los días —gritaron todas a coro.

—¡Feliz Navidad, hijas mías! Me alegro mucho de que hayáis comenzado a leer, y espero que continuéis haciéndolo. Pero, antes de sentarnos, tengo algo que deciros. No lejos de aquí hay una pobre mujer con un hijo recién nacido. En una cama se acurrucan sus seis niños para no congelarse, porque carecen de fuego. No tienen nada para comer, y el hijo mayor vino para contarme que estaban sufriendo de hambre y frío. Hijas mías, ¿les daríais vuestro desayuno como regalo de Navidad?

Todas tenían más apetito de lo habitual, porque habían esperado cerca de una hora, y por un momento ninguna dijo nada, pero solo por un momento, porque enseguida Jo contestó impetuosamente:

—Me alegro mucho de que hayas venido antes de que empezáramos.

—¿Puedo ir contigo para ayudar a llevar las cosas a los niños pobres? —preguntó Beth con entusiasmo.

—Yo llevaré la crema y los panecillos —añadió Amy, renunciando con valor a lo que más le gustaba.

Meg estaba ya cubriendo los pastelillos y amontonando el pan en un plato grande.

–Sabía que lo haríais –dijo la señora March, sonriendo satisfecha–. Podéis venir todas conmigo para ayudar; cuando volvamos, desayunaremos pan con leche, y en la comida lo compensaremos.

Pronto estuvo todo preparado y salieron en procesión. Por suerte, era temprano y fueron por calles apartadas, de modo que poca gente las vio y nadie se rio de la curiosa compañía.

Llegaron hasta un cuarto vacío y miserable, con las ventanas rotas, sin fuego en el hogar, las sábanas hechas jirones, una madre enferma, un recién nacido que lloraba y un grupo de niños pálidos y flacos debajo de una vieja colcha, tratando de calentarse. ¡Cómo abrieron los ojos y sonrieron al entrar las chicas!

–¡Ah, *mein Gott!* ¡Ángeles buenos vienen a ayudarnos! –exclamó la pobre mujer, que lloraba de alegría.

–Vaya unos ángeles graciosos con gorros y mitones –dijo Jo, haciendo reír a todos.

En unos minutos parecía que se habían puesto a trabajar allí buenos espíritus. Hannah, que había llevado leña, encendió fuego y tapó los cristales rotos con sombreros viejos y su propia toquilla. La señora March dio té y leche a la mujer, y la confortó prometiéndole ayuda, a la par que vestía al niño pequeño tan cariñosamente como si fuese su propio hijo. Entretanto, las chicas ponían la mesa, agrupaban a los niños alrededor del fuego y les daban de comer como si fuesen pájaros hambrientos, riéndose, hablando y tratando de comprender el inglés chapurreado y cómico que hablaban, porque era una familia de inmigrantes.

–*Das ist gute! Der angel-kinder!* –exclamaban los pobrecitos mientras comían y se calentaban las manos moradas al fuego.

Nunca antes habían llamado «ángeles» a las chicas, y les pareció muy agradable, especialmente a Jo, a quien, desde que nació, todas habían considerado un «Sancho». Fue un desayuno muy alegre, aunque no participaran de él; y, cuando salieron, dejaron atrás tanto consuelo que no había en la ciudad cuatro personas más felices que las niñas que habían renunciado a su propio desayuno y se contentaron con pan y leche en la mañana de Navidad.

–Eso se llama amar al prójimo más que a uno mismo, y me gusta –comentó Meg, mientras sacaban sus regalos aprovechando el momento en que su madre había subido a buscar ropa para los pobres Hummel.

No conformaban una imagen muy espléndida, pero en los pocos paquetes había mucho cariño; y el florero alto, con rosas rojas, crisantemos y hojas, puesto en medio de los regalos, daba una apariencia elegante a la mesa.

–¡Qué viene mamá! ¡Toca, Beth! ¡Abre la puerta, Amy!

–¡Tres hurras por mamá! –gritó Jo, dando saltos por el cuarto, mientras Meg se adelantaba para acompañar a la señora March a la silla de honor.

Beth tocó una marcha muy viva. Amy abrió la puerta y Meg escoltó con mucha dignidad a su madre. La señora March estaba sorprendida y conmovida, y sonrió, con los ojos llenos de lágrimas, al examinar sus regalos y leer las líneas que los acompañaban. Inmediatamente se calzó las zapatillas, guardó el pañuelo nuevo en el bolsillo, se perfumó con agua de colonia, se prendió la rosa en el pecho y dijo que los guantes le iban muy bien.

Hubo risas, besos y conversación, de la manera cariñosa y simple que hace que sean tan gratas estas fiestas de familia y quede un recuerdo tan dulce de ellas. Después, todas se pusieron a trabajar.

Las obras de caridad y las ceremonias de regalos de la mañana habían llevado tanto tiempo que el resto del día

hubo que dedicarlo a los preparativos de los festejos de la tarde. Como eran demasiado jóvenes para haber acudido mucho al teatro y no tenían dinero de sobra para gastarlo en la representación, las chicas ponían en el trabajo su ingenio y, como la necesidad es madre de la invención, hacían ellas misma todo lo que necesitaban. Y algunas de sus creaciones eran muy ingeniosas. Guitarras fabricadas con cartón, lámparas antiguas hechas de mantequeras viejas y cubiertas con papel plateado, magníficos mantos de algodón viejo, que centelleaban con lentejuelas de hojalata, y armaduras hechas con los restos de las latas de conserva. Los muebles estaban acostumbrados a los cambios constantes y la gran sala había sido escenario de muchas de sus inocentes representaciones.

No se admitían hombres, lo cual permitía a Jo hacer papeles masculinos y darse el gusto de ponerse un par de botas altas de cuero rojizo que le había regalado una amiga suya, que conocía a una señora parienta de un actor.

Esas botas, un antiguo florete y un jubón que había servido en otro tiempo en el estudio de un pintor eran los tesoros principales de Jo, y los sacaba en todas las ocasiones. Por el carácter reducido de la compañía, las dos actrices principales se veían obligadas a representar varios papeles cada una, y, ciertamente, merecían elogios por el gran trabajo que se tomaban para aprender tres o cuatro papeles diferentes, cambiar tantas veces de traje y, además, ocuparse del manejo del escenario. Era una buena manera de ejercitar la memoria, una diversión inofensiva que les ocupaba muchas horas, y que de otro modo habrían estado perdidas, solitarias o invertidas en una compañía menos provechosa.

La noche de Navidad, una docena de chicas se agruparon sobre la cama, que era el palco, enfrente de las cortinas de cretona azul y amarillo, que hacían de telón. Había

mucho zumbido detrás de las cortinas, algo de humo de la lámpara y, de vez en cuando, una risita de Amy, a quien la emoción del momento ponía histérica. Al poco tiempo sonó una campana, se descorrieron las cortinas y la obra comenzó.

El «bosque tenebroso», tal y como se mencionaba en el cartel, estaba representado por algunos arbustos en macetas, una tela verde sobre el suelo y una caverna en la distancia. La caverna en cuestión tenía por techo un tendadero y por paredes, algunos abrigos; dentro había un hornillo encendido con una marmita negra, sobre la cual se encorbaba una vieja bruja. El escenario estaba en la oscuridad y el resplandor que venía del hornillo lograba un buen efecto escénico. Especialmente, cuando al destapar la bruja la caldera salió vapor de verdad. Se dio un momento al público para que se repusiera de la primera sorpresa; entonces entró Hugo, el villano, andando con paso majestuoso, espada brillante al cinto, un chambergo, barba negra, capa misteriosa y las famosas botas. Después de andar de un lado a otro muy agitado, se golpeó la frente y cantó una melodía salvaje sobre su odio a Rodrigo, su amor a Zara y su resolución de matar al uno y conseguir la mano de la otra.

Los tonos ásperos de la voz de Hugo y sus vehementes exclamaciones causaron una fuerte impresión en el público, que aplaudía cada vez que se paraba para tomar aliento. Inclinandose, como quien está bien acostumbrado a cosechar aplausos, pasó a la caverna y mandó salir a Hagar con estas palabras: «¡Bruja, sal, te necesito!».

Meg salió con unas greñas grises de crines de caballo sobre el rostro, un vestido rojo y negro, un bastón y una capa llena de símbolos cabalísticos. Hugo le pidió una poción para conseguir que Zara lo adorase y otra para deshacerse de Rodrigo. Hagar, cantando una melodía dramática,

prometió prepararlas ambas e invocó al espíritu encargado de los filtros amorosos cantando en tono dulce y dramático:

*Ven, ven desde tu morada,  
oh, espíritu, responde a mi llamada.  
Nacido de rosas, alimentado con rocío,  
Tú, que creas pociones y hechizos de poderío,  
hazme llegar con este rito  
el aromático filtro que necesito.  
Haz que sea dulce, veloz y efectivo.  
Espíritu, ¡responde ahora a mi pedido!*

Sonaron unos acordes melodiosos, y entonces, del fondo de la caverna, apareció una pequeña figura vestida de blanco, etérea, con alas que centelleaban, cabellos dorados y una corona de rosas ceñida a la cabeza. Agitó una varita y entonó:

*Aquí me tienes,  
he venido de mi hogar tan leve,  
en la lejana luna plateada.  
Toma esta mágica poción.  
Y úsala con visión  
o su poder se perderá en nada.*

Dicho esto, dejó caer un frasquito dorado a los pies de la bruja y se desvaneció.

Otra canción de Hagar trajo a escena una segunda aparición: un diablillo negro que, después de gruñir una respuesta incomprensible, dio un frasquito oscuro a Hugo y desapareció con risa burlona. Dando las gracias y guardándose las pociones en las botas, Hugo se retiró, y Hagar puso en conocimiento de los oyentes que, puesto que

él había matado a algunas amigas suyas en tiempos pasados, había decidido echarle una maldición y contrariar sus planes a modo de venganza. Entonces cayó el telón y los espectadores descansaron comiendo caramelos y discutiendo los méritos de la obra.

Antes de que el telón volviera a levantarse se oyó mucho martilleo. Sin embargo, cuando se vio la obra maestra de tramoya que habían construido, nadie se quejó por la tardanza. Era verdaderamente maravillosa. Una torre se elevaba al cielo raso; a la mitad de su altura aparecía una ventana, en la cual ardía una lámpara, y detrás de la cortina blanca estaba Zara, vestida de azul con encajes de plata, esperando a Rodrigo. Llegó él, ricamente ataviado, sombrero adornado con plumas, capa roja, una guitarra y, naturalmente, las famosas botas. Al pie de la torre cantó una serenata con tonos cariñosos. Zara respondió y, después de un diálogo musical, consintió en huir con él. Entonces llegó uno de los momentos culminantes del drama. Rodrigo sacó una escala de cuerda de cinco escalones, le lanzó un extremo y la invitó a bajar. Tímidamente descendió desde la ventana enrejada, puso la mano sobre el hombro de Rodrigo y, estaba a punto de dar un salto grácil cuando, ¡pobre Zara!, se olvidó de la cola de su falda, que se le enganchó en la ventana; la torre tembló, doblándose hacia adelante, y cayó con estrépito, de manera que sepultó a los infelices amantes entre las ruinas.

Un grito unánime se alzó cuando las botas rojizas salieron de entre las ruinas, agitándose furiosamente, y una cabeza rubia surgió, exclamando: «¡Te lo dije! ¡Te lo dije!». Con admirable presencia de ánimo, don Pedro, el padre cruel, se precipitó para sacar a su hija de entre las ruinas, y añadió en un susurro: «No te rías, haz como si no hubiese pasado nada». Luego ordenó a Rodrigo que se levantara y lo desterró del reino con enojo y desprecio. Aunque visiblemente

trastornado por la caída de la torre, Rodrigo desafió al anciano caballero y se negó a marcharse. Semejante muestra de valor animó a Zara, que también desafió a su padre, y entonces este mandó que encerraran a los dos amantes en las mazmorras más profundas del castillo. Un escudero pequeño y regordete entró con cadenas y se los llevó, visiblemente asustado y olvidándose de recitar su papel.

El tercer acto se desarrollaba en la sala del castillo, y aquí reapareció Hagar, que venía a liberar a los amantes y a matar a Hugo. Lo oye llegar y se esconde; ve cómo sirve las pociones en dos copas de vino y ordena al tímido criado que se los lleve a los presos. Mientras el criado dice algo a Hugo, Hagar cambia los vasos por otros sin veneno. Ferdinando, el criado, se los lleva, y Hagar vuelve a poner en la mesa el vaso envenenado. Hugo, con sed, después de una canción larga, lo bebe; pierde la cabeza y, tras muchas convulsiones y pataleos, cae al suelo y muere, mientras Hagar, en una canción dramática y melodiosa, le dice lo que ha hecho.

La escena era de una gran tensión dramática, aunque algunos espectadores consideraron que la súbita aparición de una larga caballera restaba espectacularidad a la muerte del villano. Los aplausos del público hicieron que pareciera de la mano de Hagar, cuyo canto alabaron todos como lo mejor de la representación.

En el cuarto acto apareció Rodrigo desesperado, a punto de darse una puñalada, porque alguien le había dicho que Zara lo había abandonado. Cuando el puñal estaba a punto de penetrar en su corazón, se oyó debajo de su ventana una canción encantadora, que le decía que Zara permanecía fiel, pero que estaba en peligro y que él podía salvarla si quería. Le lanzan una llave a la mazmorra con la cual abre la puerta y, loco de alegría, arroja sus cadenas y sale precipitadamente para buscar y liberar a su amada.